

XILOCA 9
págs. 229-230
1992

EL CHOPO DE LA FRAGUA

Joaquín Campos Fernández

*A "Gileta", con emoción
desde Granada*

A principios de siglo, los niños de Torre los Negros, jugábamos por todas partes, porque a principios de siglo, en Torre los Negros, había niños y había muchos espacios libres. Pero nuestro sitio preferido era el porche y la explanada de la fragua, porque allí teníamos a mano el trinquete, la fuente y el cagadero. Que nos apetecía jugar a la pelota, al trinquete; que nos acuciaba la sed, a la fuente; que había que aliviar las tripas o la vejiga, a la senda de los huertos. Frente a los manzanos del tío Eusebio que alargaban sus ramas por encima de la barda, dejábamos la catalina o regábamos a chorro las ortigas gigantes de los lados.

- Yo meo más alto que tú, me dijo un día mi compañero.
- Pero yo te gano a leer, a escribir y a contar.
- ¿Y qué? Mis padres apenas saben leer y todos los años compran un campo. Y mira lo que les pasa a los leídos y sabidos del pueblo, que todos llevan las tripas flojas y en cambio nosotros, los borricos que nos llama el maestro, podemos llenar la andorga cuando nos da la gana.
- Los pobres también comen.
- Comen lo que pueden, no lo que quieren.
- ¿Sabes lo que te digo? lo de la copla:

Ya se creían los ricos
que se morían los pobres,
han salido las collejas
que nos toquen los... pistones.

En el porche de la fragua herraban y esquilaban a las caballerías. Las mansas sin arcial y sin trabar; las obras con el arcial más o menos prieto y bien trabadas, por si acaso.

El suelo del porche siempre tenía un manto multicolor de las pelambreras de burros, mulas y machos. Cuando queríamos jugar al carrullo, a la viña del tío Pepe,

al tejo, a manga, media manga, mangotero ¿di lo que es?, teníamos que hacer barras-
tra con los pies y retirar a un rincón la porquería.

Y presidiéndolo todo, el chopo de la fragua, el chopo vecinal por excelencia, signo,
cobijo y referencia de pájaros y niños.

Alto y frondoso,
solitario señor de la explanada,
el chopo entre los chopos,
tuvo por compañeros
a los niños y pájaros camperos
que a su sombra acudían en bandada.

En su tronco rugoso
recostadas carteras y chaquetas,
vio los juegos de agallas y cartetas,
las risas y los llantos, los brincos y las tretas
de la grey infantil que enajenada,
volvía a él, jornada tras jornada.

Desde su alto penacho,
el árbol centenario de la fragua,
vio pasar trombas de agua
por la rambla vecina,
y bio herrar a los machos,
y escucho la conseja campesina
en la larga invernada,
cuando la tierra duerme
en la nieve arrebujada.

No temió al rayo, ni al hacha, ni al estío,
ni a la escarcha, ni al frío.

Desnudo y altanero,
esperó primaveras

y se vistió el primero.

Y año tras año, chaquetas y carteras,
risas, llantos y brincos y carreras,
rodearon al chopo renacido.

La alegre algarabía
de pájaros y niños,
siempre volvió donde solía.

El chopo de la fragua ya no existe.

Me dicen que es ceniza, polvo, nada.

Y una lágrima triste
resbala por mi alma enamorada.

Pero existe, sí, y existe engalanado,
en mi imaginación está plantado.

Y oigo la algarabía de niños y gorriones,
y los llantos y risas y las palpitaciones
de los amigos míos

que a la sombra del chopo, también se han ido.

¡Todo volverá a ser como al principio!

Las almas de los hombres y las cosas
se vestirán de hermosura permanente.

Será más bello el árbol, el pájaro y la rosa

y más resplandecientes y agraciados
el chopo y mi niñez resucitados.